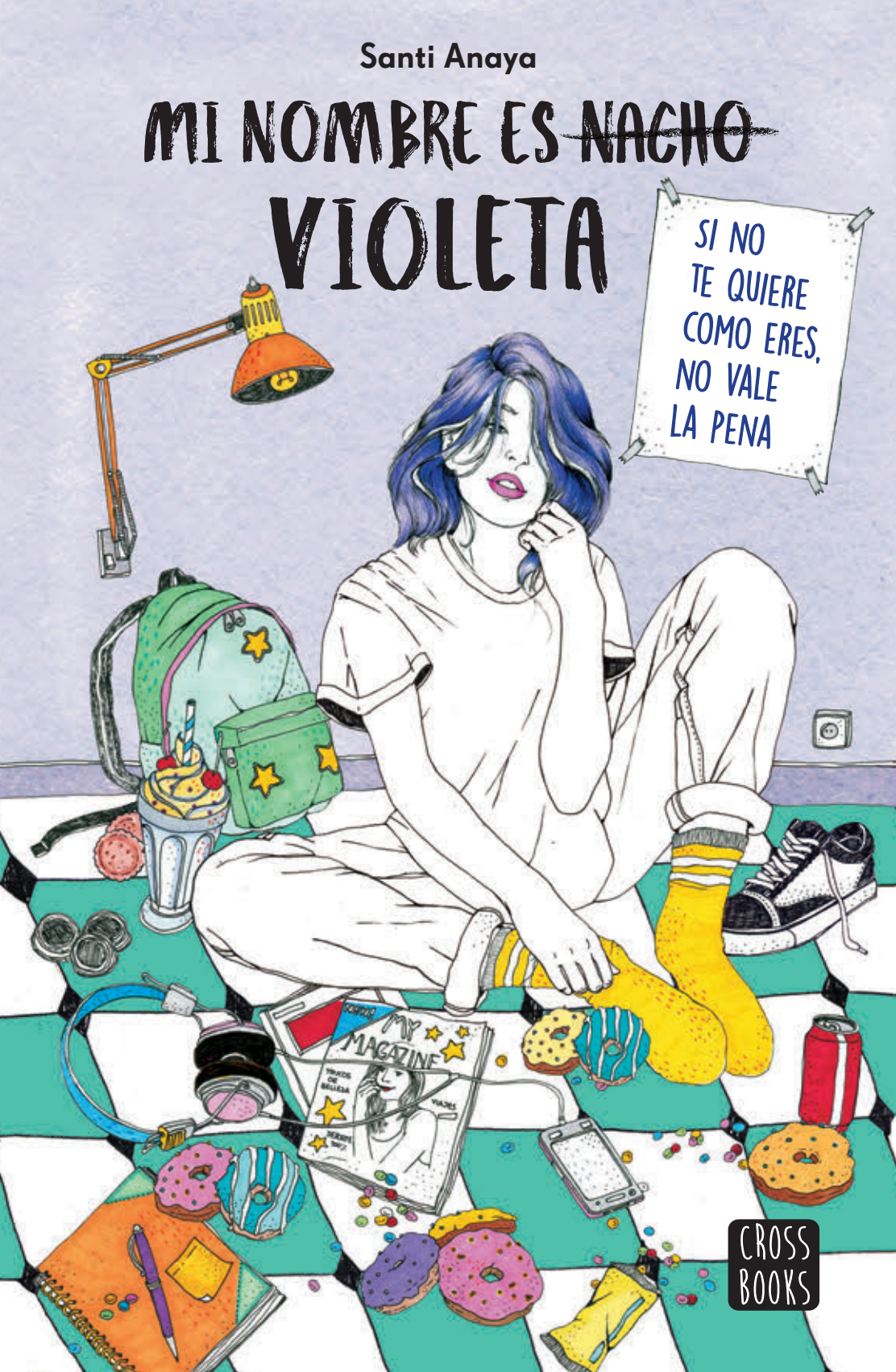
Santi Anaya

MI NOMBRE ES ~~NACHO~~ VIOLETA



CROSS BOOKS

Santi Anaya

MI NOMBRE ES ~~NACHO~~ VIOLETA

CROSS BOOKS

Novela inspirada en una vida real con el consentimiento de la familia.

Crossbooks, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Santi Anaya, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-08-19401-9
Depósito legal: B. 16.141-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La gente a mi alrededor baja la escalera a toda velocidad. Mientras yo sigo caminando tan tranquila, corren como si aquel metro que está parado en el andén fuera el último en la faz de la tierra. Cuando suena el pitido que avisa del inminente cierre de las puertas, entonces ya es la hostia. De inmediato se desata la locura. Es justo en ese momento cuando un hombre trajeado acelera y me adelanta como un rayo.

¡Madre mía! A este tío le ponen un metro a punto de arrancar en la línea de meta y bate el récord de los cien metros.

Aunque tampoco es que le sirva de mucho. Porque, a pesar de volar literalmente sobre los últimos escalones, las puertas se le cierran en la cara. Desesperado, pulsa el botón para abrirlas, pero no le hacen ni caso y el metro arranca sin él. Entonces mira alrededor avergonzado, queriendo asegurarse de que nadie le ha visto fracasar de esa manera y…

¡Pobre!

… me ve a mí que justo acabo de bajar el último escalón.

Yo le sonrío y me solidarizo con su frustración haciéndole un gesto que pretende decir: «¡Qué faena! ¡Se nos ha escapado en los mismísimos morros!». Él me devuelve la

sonrisa resignado mientras me apuesto algo a que se consuela pensando: «Por lo menos, no soy el único al que se le ha escapado. A esta chica también».

Pero en realidad sí que lo es. Porque yo he dejado que ese metro se fuera sin mí adrede, ya que no tengo ninguna prisa en llegar al nuevo instituto donde empiezo hoy y en el que no conozco a nadie. De hecho, solo de pensar que seré la chica nueva que llega dos meses después de empezar el curso, me sudan las manos y tengo que secármelas metiéndolas dentro de los bolsillos de los tejanos que me he puesto junto con mi camiseta de la suerte y unas zapatillas Vans.

¡No puede ser! ¡Estoy de los nervios!

Pero es normal. Solo una loca inconsciente estaría tranquila ante una situación así. Porque, seamos realistas, presentarse ante un grupo de chicos y chicas de entre trece y catorce años estudiantes de segundo de la ESO como yo es como meterse dentro de una jauría de lobos. Pueden aceptarte en la manada amablemente, pero también pueden despellejarte sin compasión si no entras con buen pie.

Todo irá muy bien, Violeta.

Esa es la frase que me ha repetido mi madre unas tropecientas veces esta mañana mientras desayunaba en la cocina con ella y mi hermano, León. Una frase tranquilizadora que supongo que habría funcionado mejor si no la hubiera dicho todas las veces con esa mirada asustada que pone mamá cuando se preocupa por nosotros. Cuando te mira con una sonrisa dulce y notas que lucha contra su instinto sobreprotector de encerrarnos en una burbuja para que nada malo nos pueda suceder.

—¡Mira! ¡Ya viene!

Esta información que alguien me chiva me saca de mis pensamientos y hace que levante la mirada que tenía fija en las vías. Entonces veo al esprínter trajeado que me señala las luces del próximo metro acercándose al final del túnel.

—¡Qué bien! —le digo compartiendo su alegría mientras pienso…

¡¿Ya?! ¡No me jodas!

Él se acerca al borde del andén dejando claro que este no se le escapa ni de coña. Yo maldigo a todos aquellos que alguna vez se hayan quejado del tiempo de espera entre un metro y el siguiente.

¡¿Qué han pasado?! ¡¿Dos minutos?!

Cuando el primer vagón entra en la estación, no puedo evitar sacar el móvil y consultar la hora para ver si puedo dejar escapar este metro también.

Podría.

¡Pero no! ¡No seas cagada, Violeta! ¡Sube!

Me animo a seguir los pasos del esprínter trajeado que se apresura a subir en cuanto una de las puertas se detiene frente a nosotros sin ni siquiera dejar bajar antes a los pasajeros cuyo viaje termina ahí.

¡Menudo ansias!

Respiro hondo y pongo un pie dentro, después el otro, justo cuando la pantalla de mi móvil se enciende y aparece un mensaje.

Andrés:
Hola, fugitiva. ¿Ya has llegado a tu nuevo instituto?

El pitido que anuncia el cierre inminente de las puertas suena mientras leo ese whatsapp. Cuando empiezan a ce-

rrarse, miro al andén y salto instintivamente fuera del vagón antes de que lo hagan del todo. Entonces, mientras el metro desaparece, respondo a Andrés:

Violeta:
Todavía no. Acabo de perder un metro en la cara. ☹

El emoticono de una carita triste es básico para que parezca realista y Andrés no sepa que estoy cagada por empezar en un nuevo instituto lejos de él y de mis otras dos mejores amigas, Regina y Emma.

Andrés:
¿Cuántos has dejado escapar ya? ☺

¡Capullo! ¡Cómo me conoce!

Empiezo a escribir «¡Ninguno!» para quitarle el placer de ver que lo ha acertado y que me conoce como nadie, pero lo borro cuando ya lo tengo escrito y termino confesando.

Violeta:
Solo un par. ☺

Andrés:
¡¿Un par?!

Andrés:
Un PAR es lo que tendrías que echarle y subir al próximo si no quieres llegar tarde.

Andrés:
¡Aprovecha que los tienes! 😉

No puedo evitar que se me escape la risa cuando leo esa broma en la pantalla.

¡Será idiota! XD

Unos chicos que esperan a mi lado la llegada del siguiente metro me miran como si estuviera loca. Si hubieran sido ellos quienes hubiesen bromeado sobre el hecho de que soy una chica con testículos, ya estaría encarada con ellos hecha una fiera. Pero con Andy es diferente, porque nunca lo haría para hacerme daño. TODO LO CONTRARIO. Él, Emma y Regina son mis mejores amigos y siempre han estado ahí, apoyándome, a lo largo de todo mi tránsito.

«¡Pues, vale! Ya no te llamaremos Nacho. Te llamaremos Violeta.»

Esa fue la reacción de estos tres cuando en una excursión del colegio nos alejamos del grupo y en un rincón les solté sin tapujos que yo no era Nacho, sino Violeta. Tanto a mi padre como a mi madre sé que les llevó un tiempo entender que tenían una hija en vez de un hijo, aunque me apoyaran a muerte desde el principio. Regina, Emma y Andrés, en cambio, aceptaron al instante que tenían una amiga y no un amigo.

¡Qué monos eran!

Ojalá todas las reacciones hubiesen sido siempre tan comprensivas como la suya cuando yo tenía cinco años. Hubiera sido genial recibir un «vale» de todo el mundo y ahorrarme todos los momentos desagradables y dolorosos en que alguien se ha empeñado en decirme a la cara quién debo ser:

—¡Tú no eres una niña! ¡Eres un niño!

Demasiadas veces he escuchado esa afirmación desde el día en que decidí dejar de vivir disfrazada de Nacho y ser yo misma a todas horas. Hoy cualquiera que se atreva a decírmela se lleva un «¡Porque tú lo digas!» que lo pone en su sitio al momento. Pero al principio no era así. Exceptuando esos primeros días en los que me daba igual que se metieran conmigo porque estaba demasiado contenta vistiendo por fin como quería, que se rieran de mí me dolía una barbaridad. Sobre todo cuando alguien me llamaba Nacho adrede para hacerme daño.

¡Cómo he llegado a detestar ese nombre!

Por suerte, hace tiempo que nadie me llama así y ahora es solo el nombre de papá. La persona que, junto con mamá, más ha hecho para que pudiera crecer siendo una niña feliz. ¡Y nada de esa estupidez de una niña atrapada en un cuerpo de niño! Una chica normal como cualquier otra. ¿Qué más da que tenga pene y testículos? Esto solo sirve para que Andrés me recuerde bromeando que tengo un par cuando quiere espolearme a hacer algo.

Andrés:
¿Qué? ¿Ya le has echado un par o no?

Miro la puerta abierta del nuevo metro que ha llegado a la estación. Los chicos que esperan a mi lado suben sin pensárselo. Yo hago lo mismo porque no tengo más remedio, porque no puedo quedarme todo el día parada en ese andén. Esta vez no salto fuera del vagón cuando oigo el pitido que avisa del cierre inminente de las puertas.

Ya no hay marcha atrás.

Tres paradas y habré llegado al nuevo instituto.

Andrés:
Eoooooooooooo, fugitiva.

Andrés:
¿Le has echado ese par o no?

Violeta:
¡Que sí, pesado! Ya estoy dentro.

Violeta:
Y no me llames fugitiva. ☹

Está claro que nunca tendría que haberle dicho cuánto me chincha que él, Regina y Emma lleven días dirigiéndose a mí como «la fugitiva» por empezar en un nuevo instituto lejos de ellos.

¡Como si fuera cosa mía!

Yo no he escogido dejar Mataró para venir a vivir a Barcelona con mi madre y León. Incluso he pedido a mis padres que me dejen ir cada día en tren al instituto de Mataró para seguir estudiando con ellos. Pero no ha habido manera porque, sobre todo papá, está convencido de que la enseñanza en este nuevo instituto es mucho mejor.

Andrés:
A ver cuántos días tardas en olvidarnos.

Violeta:
Perdona, ¿quién eres?

Andrés:
Soy el chico atractivo de ojos verdes que baila muchísimo mejor que tú. ☺

Este mensaje viene acompañado de un vídeo que le grabé hace una semana donde se le ve pegándose una patada en el brazo y gritando de dolor en el suelo al intentar hacer un *flare* de *break dance*.

Violeta:
😄😄😄😄😄😄

Bailando será un patoso, pero tiene un don para hacerme reír cuando más lo necesito.

Violeta:
Te echaré de menos en clase.

Andrés:
Lo sé. ☺

Será burro. ¿No piensa decirme que él también me echará de menos?

«Andrés está escribiendo…»

Más le vale que el mensaje que está tecleando sea para decirme exactamente eso.

Andrés:
¿Aún no has llegado?

¿Qué pasa? ¿Que se aburre?

Violeta:
No. Aún no.

Violeta:
Pero puedes dejar de escribir cuando quieras, eh.

Violeta:
No necesito que me acompañes hasta la puerta.

Andrés:
Ah, vale. ¡Hasta luego!

¡¿Vale?! ¡¿Hasta luego?! ¡¿De verdad piensa despedirse así?!

Estoy escribiendo un mensaje airado de respuesta cuando otro mensaje de Andrés evita que le dé a enviar para leerlo.

Andrés:
Ah, una última cosa…

Andrés:
Te echaré MUCHO de menos. 😉

Leo ese MUCHO con una sonrisa. Acto seguido, borro el mensaje que tenía pendiente de enviar y le respondo también en mayúsculas para que le quede claro.

Violeta:
¡LO SÉ! 😉

Andrés se despide deseándome que me vaya muy bien en el nuevo instituto. Yo le doy las gracias observando

cómo el metro se detiene en la estación de Diagonal. Una parada más y habré llegado. En este momento daría lo que fuera para que una avería nos dejara ahí tirados. Pero hoy el servicio se empeña en ir perfectamente. Las puertas del vagón se cierran y volvemos a emprender la marcha. Una vez dentro del túnel, noto cómo empiezan a sudarme las manos de nervios ¡OTRA VEZ! Entonces, como si realmente tuviera un sexto sentido capaz de saber cómo me siento, Andrés me manda en un último mensaje el emoticono de un brazo enseñando el bíceps para que sea fuerte y deje de sentirme como si me estuvieran llevando al matadero.

Venga, Violeta, ¡con un par!

***

La calle está invadida por decenas de chicos y chicas que ocupan el ancho de la acera mientras esperan que sea la hora para entrar al instituto. Repartidos en grupos, la mayoría habla entre ellos mientras algunos miran el móvil sin atender a lo que les explican, aunque de vez en cuando asientan con la cabeza. Es una escena idéntica a la vivida cada mañana en el que hasta ahora era mi instituto en Mataró. La diferencia es que hoy no conozco a nadie cuando miro las caras, y tengo ganas de salir corriendo.

¿Por qué no han dejado mis padres que siguiera yendo a mi instituto? ¡Si viviendo en Barcelona puedo estar ahí al cabo de cuarenta minutos de tren!

Eso me pregunto mientras me abro paso entre esa marea de desconocidos. Si estuviera en Mataró, me estarían saludando la mayoría de esos adolescentes que aquí ni si-

quiera me miran para dejarme paso, y en cualquier momento aparecerían Emma, Regina y Andrés para darme dos besos, abrazarme y empezar a explicarme todo lo que les ha sucedido desde que nos dijimos buenas noches en el chat.

Ojalá estuvieran ellos aquí. Ojalá no estuviera sola.

Por desgracia, lo estoy. Frente a la puerta abierta de ese instituto que a partir de ahora será el mío y donde seré ¡LA NUEVA! para el resto de los chicos y chicas que irán conmigo a clase.

¡Tú puedes, Violeta!

Me dispongo a entrar y entonces recuerdo que mi madre me ha pedido que le enviara un mensaje cuando llegase al instituto. ¡GENIAL! Un fantástico motivo para permanecer fuera unos minutos más, pues en la entrada un cartel deja muy claro que no está permitido utilizar el móvil dentro del recinto.

Violeta:
Ya he llegado. Estoy a punto de entrar. 😗

La inmediatez con la que mamá me responde demuestra que estaba pendiente del teléfono. Hasta sospecho que ya tenía la respuesta escrita y a punto de enviar.

Mamá:
Perfecto, cariño. Ya verás como todo irá muy bien.

Tengo la sensación de que ese mensaje va más dirigido a convencerse a ella que a mí. Porque, a pesar de estar convencida como papá de que recibiré mejor enseñanza en

este instituto, ella tiene dudas de si es buena idea sacarme del entorno seguro que supone estudiar con mis amigos en un centro donde todo el mundo, exceptuando los cuatro idiotas que hay en todos lados, me ha ayudado a sentirme una alumna más desde el día que les dijimos que era Violeta y no Nacho. Por eso intento tranquilizarla subiendo su apuesta.

Violeta:
¡Todo irá perfecto! ☺

Mamá:
Seguro que sí, Violeta. ☺

Mamá:
Llámame cuando salgas.

Violeta:
Lo haré. Hasta luego. ¡Entro! 😎😗

Mamá:
¡Llámame luego, eh!

Violeta:
Que sí. Tranquila. Lo haré.

No hacerlo sería muy cruel. Porque sé que mamá estará sufriendo hasta que la llame, de aquí a unas horas, y le diga que todo ha ido perfecto, que los compañeros me han acogido maravillosamente bien y que estoy deseando volver al día siguiente.

¡Que sea eso lo que pase y no tenga que mentir!

Con ese deseo guardo el móvil y cruzo el umbral de mi nuevo instituto. Una vez dentro, mientras avanzo hacia la escalera para subir al tercer piso donde está el aula de mi grupo de segundo de la ESO, tengo la incómoda sensación de que todo el mundo me observa preguntándose: «¿Quién es esta?».

Todo irá bien. Todo irá bien. Todo irá bien…

Me repito la afirmación de mi madre para poder seguir caminando bajo las miradas que me repasan como a una intrusa. Entonces me llama la atención un chico que me sonríe nada más verme y levanta la mano para que me fije en él. Yo le devuelvo la sonrisa.

¿Le conozco?

No tengo ni la más remota idea de quién es. Sin embargo, cuando se dirige a mí sin dejar de sonreír, está claro que él sabe más cosas de mí de las que me gustaría.

—¡Hola, Nacho!